

# 1

## Dicho sea suavemente.

Si el lector o la lectora de este libro quisiera llevar más allá la mera discrepancia con su autor y tratar de detectar los pecados y deformaciones que le animaron a escribirlo (y ciertamente he percibido que aquellos que alientan en público la caridad, la compasión y el perdón suelen tener tendencia a adoptar este curso de acción), entonces no tendrá únicamente que discrepar con el incognoscible e inefable creador que, presuntamente, decidió crearme como soy. Tendrán también que mancillar la memoria de una mujer buena, honesta y sencilla, con una fe sólida y sincera, llamada Jean Watts.

Cuando era un niño de unos nueve años y asistía a un colegio de los confines de Dartmoor, al suroeste de Inglaterra, la misión de la señora Watts consistía en instruirme con sus lecciones de ciencias naturales y también de las escrituras. Nos llevaba a mí y a mis compañeros a dar largos paseos por una zona particularmente adorable de la hermosa tierra en que nací y nos enseñaba a distinguir entre sí las diferentes especies de aves, árboles y plantas. La sorprendente diversidad que se podía hallar en un seto de arbustos; la maravilla de un puñado de huevos descubiertos en un recóndito nido; cómo cuando te picaban las ortigas en las piernas (teníamos que llevar pantalones cortos) crecía muy cerca una balsámica acedera de la que echar mano: todo esto ha permanecido en mi memoria del mismo modo que el «museo del guardabosque», en el que los campesinos del lugar exhibían los cadáveres de ratones, comadrejas y demás alimañas y predadores supuestamente suministrados por alguna deidad no tan benévola. Si uno lee los imperecederos poemas rurales de John Clare escuchará la melodía de lo que pretendo transmitir.

Más adelante, en otras clases, se nos entregaba un pedazo de papel impreso encabezado con el epígrafe de «Busca en las Escrituras», el cual remitía a la escuela la autoridad nacional competente encargada de supervisar la enseñanza de la religión. (Junto con las oraciones diarias, esta actividad era obligatoria y venía impuesta por el estado.) Aquel papel presentaba un versículo aislado extraído del Antiguo o del Nuevo Testamento, y la tarea consistía en localizar dicho versículo y, a continuación, contarle a la clase o a la maestra, de forma oral o por escrito, qué contaba el pasaje y cuál era la enseñanza. Yo adoraba este ejercicio e incluso destacaba en él hasta el punto de que (al igual que Bertie Wooster)\* solía aprobar la asignatura siendo «de los mejores». Aquella fue mi primera introducción a la crítica práctica y textual. Yo leía todos los capítulos que precedían a aquel versículo y todos los que le seguían para asegurarme

de que había captado «lo importante» de la pista inicial. Todavía soy capaz de hacerlo, en buena medida para incomodo de algunos de mis enemigos, y todavía respeto a aquellos cuyo estilo se desprecia a veces calificándolo de «meramente» talmúdico, coránico o «fundamentalista». Este es un ejercicio mental y literario óptimo y necesario.

Sin embargo, llegó un día en que la pobre y querida señora Watts se extralimitó. Tratando ambiciosamente de fundir sus dos papeles de instructora de la naturaleza y profesora de la Biblia, nos dijo: «Así que ya veis, niños, lo poderoso y generoso que es Dios. Ha hecho que todos los árboles y la hierba sean verdes, que es justamente el color que más descansa nuestra vista. Imagináos lo desagradable que sería si, en lugar de hacerlo así, la vegetación fuera toda morada o naranja».

Y fíjense en lo que aquella piadosa y anciana adivina consiguió con ello. La señora Watts me agradaba: era una viuda cariñosa y sin hijos que tenía un perro ovejero muy viejo que, de verdad, se llama-

\* «Bertie» Wooster, de nombre Bertram Wilberforce, es un personaje de ficción recurrente creado por P.G. Wodehouse; un aristócrata que aparece acompañado de Jeeves, un genio muy inteligente que saca siempre a Bertie o a alguno de sus amigos de las muy diversas situaciones embarazosas que atraviesan. (*N. del T.*)

ba Rover.\* Después de clase nos invitaba a golosinas o a merendar a su vieja y destartalada casa, que estaba cerca de la vía del tren. Si Satán la escogió a ella para tentarme con el error, tuvo mucha más imaginación que la de recurrir a la taimada serpiente del Jardín del Edén. La señora Watts jamás nos levantó la voz, ni nos amenazó con la violencia (cosa que no podía decirse de todos mis profesores) y, en general, era una de esas personas cuya memoria se honra en *Middlemarch*, de las que se puede decir que «el que ahora las cosas no nos vayan tan mal como podrían irnos, se debe en buena parte al número de los que vivieron fielmente una vida escondida y descansan en tumbas que nadie visita».

En todo caso, quedé francamente horrorizado por lo que nos dijo. Mis pequeñas sandalias con correa se erizaron de bochorno. A la edad de nueve años yo no tenía la menor idea de lo que era el argumento del diseño inteligente, ni su rival, el de la evolución humana, ni de la relación entre la fotosíntesis y la clorofila. Los secretos del genoma permanecían tan ocultos para mí como lo estaban en aquella época para todos los demás. En aquel entonces, no había visitado enclaves naturales en los que casi todo se mostraba espantosamente indiferente u hostil a la vida humana, cuando no a cualquier tipo de vida. Yo simplemente *sabía*, casi como si tuviera acceso privilegiado a una autoridad superior, que mi profesora había conseguido confundirlo todo en tan solo dos frases. Son los ojos los que se adaptan a la naturaleza, y no al contrario.

No voy a fingir que recuerdo perfecta u ordenadamente todo lo que sucedió tras aquella epifanía, pero en relativamente poco tiempo empecé a reparar en otras curiosidades. Si dios era el creador de todas las cosas, ¿por qué se suponía que teníamos que «alabarle» de un modo tan incesante por haber hecho algo que le salía de una forma tan natural? Aparte de otras cosas, me parecía servil. Si Jesús podía curar a un ciego con el que se topaba por casualidad, ¿por qué no cu-

\* Juego de palabras intraducible. En inglés, «rover» significa «trotamundos», pero también es el término con el que actualmente se designa a los vehículos con los que se explora la superficie de planetas y cuerpos celestes como la Luna o Marte.

raba entonces a todos de la ceguera? ¿Qué había de maravilloso en expulsar a los demonios si acababan entrando en una piara de cerdos? Aquello parecía siniestro: era más propio de la magia negra. Con tanto rezo continuo, ¿por qué no había ningún resultado? ¿Por qué tenía yo que seguir diciendo en público que era un desgraciado pecador? ¿Por qué el asunto del sexo se consideraba tan pernicioso? Desde aquel entonces, he descubierto que todas estas objeciones ingenuas e infantiles son extremadamente habituales, en parte porque ninguna religión puede atajarlas con ninguna respuesta satisfactoria. Pero también se me presentó otra objeción más importante. (Digo «se me presentó», en lugar de «se me ocurrió», porque estas objeciones son ineludibles, además de insalvables.) El director del colegio, que oficiaba las misas diarias, dirigía las oraciones y se aferraba al libro, y además era un sádico y un homosexual encubierto (al que hace mucho tiempo he perdonado porque despertó en mí el interés por la historia y me prestó mi primer ejemplar de P.G. Wodehouse), estaba una tarde dándonos una charla absurda a algunos de nosotros. «Tal vez ahora no encontraréis sentido a toda esta fe», nos dijo. «Pero algún día lo encontraréis, cuando empecéis a perder seres queridos». Además de incredulidad, sentí otra vez un aguijónazo de pura indignación. ¿Por qué? Eso era como decir que tal vez la religión no fuera verdadera, pero que no importaba, porque se podía encontrar consuelo en ella. Cuán despreciable. En ese momento yo tenía unos trece años y estaba empezando a convertirme un poco en un pequeño intelectual insoportable. Jamás había oído hablar de Sigmund Freud (aunque me habría resultado muy útil para entender al director), pero me acababan de mostrar un atisbo de *El porvenir de una ilusión*. Les cuento todo esto porque no soy una de esas personas cuya posibilidad de vivir una fe saludable haya quedado destruida por los abusos infantiles o el adoctrinamiento salvaje. Sé que hay millones de seres humanos que han tenido que sufrir este tipo de cosas y no creo que se pueda, ni se deba, absolver a las religiones de haber impuesto semejantes calamidades. (En el pasado muy reciente hemos visto a la Iglesia de Roma contaminarse con su complicidad en el imperdonable pecado de los abusos de menores o, como se diría en una varie-

dad de *pig latin*, por «ningún trasero de niño abandonado».)\* Pero también hay organizaciones no religiosas que han cometido delitos similares, o incluso peores.

Sigue habiendo cuatro objeciones irreductibles a la fe religiosa: que representa de forma absolutamente incorrecta los orígenes del ser humano y del cosmos, que debido a este error inicial consigue aunar el máximo de servilismo con el máximo de solipsismo, que es causa y consecuencia al mismo tiempo de una peligrosa represión sexual y que, en última instancia, se basa en ilusiones.

No creo que se considere arrogante por mi parte decir que yo ya había descubierto estas cuatro objeciones antes de que mi tono de voz infantil se hubiera desbaratado (además de haber percibido el hecho más vulgar y evidente de que quienes están a cargo del poder temporal utilizan la religión para investirse de autoridad). Estoy moralmente convencido de que otros millones de personas extrajeron conclusiones muy similares en buena medida del mismo modo, y desde entonces he conocido gente parecida en centenares de hogares y decenas de países distintos. Muchos de ellos no tuvieron fe nunca, y otros muchos abandonaron la fe tras una dura tribulación. Algunos de ellos atravesaron por cegadores momentos de descreimiento que fueron exactamente igual de instantáneos que el de Pablo de Tarso en el camino de Damasco, si bien tal vez menos convulsos y apocalípticos (y que posteriormente hallaron mayor justificación moral y racional). Y aquí reside lo importante por lo que respecta a mí y a quienes piensan como yo. Nuestra creencia no es una fe. Nuestros principios no son una fe. No confiamos exclusivamente en la ciencia y en la razón, ya que estos son elementos necesarios en lugar de suficientes, pero desconfiamos de todo aquello que contradiga a la ciencia o atente contra la razón. Podemos discrepar en muchas cosas, pero lo que respetamos es la libre indagación, la actitud abierta y la búsqueda de las ideas

\* El *pig latines* un juego de idioma usado en inglés; lo emplean los niños para divertirse o para conversar secretamente sobre adultos u otros niños. Recíprocamente, los adultos a veces lo usan para hablar de temas delicados que quieren que los niños no entiendan. Este juego se aplica aquí a la ley de educación estadounidense de 2001 «No Child Left Behind» («Ningún niño dejado atrás»), que pretendía combatir el fracaso escolar. (*N. del T.*)

por lo que valen en sí mismas. No mantenemos nuestras convicciones de forma dogmática: el desacuerdo entre el profesor Stephen Jay Gould y el profesor Richard Dawkins acerca de la «evolución puntuada» y los huecos que quedan sin rellenar en la teoría postdarwiniana son bastante anchos y profundos, pero los resolveremos mediante evidencias y razonamientos, y no excomulgándonos mutuamente. (Mi irritación por la vergonzosa sugerencia del profesor Dawkins y Daniel Dennett de que los ateos propusieran calificarse a sí mismos de «brillantes» se inscribe en una discusión permanente.) No somos inmunes al reclamo de lo maravilloso, del misterio y el sobrecogimiento:

tenemos la música, el arte y la literatura, y nos parece que Shakespeare, Tolstoi, Schiller, Dostoievski y George Eliot plantean mejor los dilemas éticos importantes que los cuentos morales mitológicos de los libros sagrados. Es la literatura, y no las escrituras, la que nutre la mente y (ya que no disponemos de ninguna otra metáfora) también el alma. No creemos en el cielo ni en el infierno, pero ninguna estadística demostrará jamás que sin este tipo de lisonjas y amenazas nosotros cometemos más delitos de codicia o violencia que los creyentes. (De hecho, si se pudiera realizar alguna vez el oportuno estudio estadístico, estoy seguro de que la evidencia sería la inversa.) Nos conformamos con vivir solo una vez, salvo a través de nuestros hijos, a los que nos alegramos absolutamente de sentir que debemos abrir camino y dejar sitio. Especulamos con la idea de que al menos es posible que, una vez que las personas acepten el hecho de que sus vidas son cortas y penosas, tal vez se comporten mejor unos con otros, y no peor. Estamos seguros de que se puede vivir una vida ética sin religión. Y sabemos de hecho que es cierto el corolario: que la religión ha ocasionado que innumerables personas no solo no se comporten mejor que otras, sino que se concedan licencias para comportarse de formas que dejarían estupefacto al regente de un burdel o a un genocida.

Y lo que tal vez sea más importante: nosotros, los infieles, no necesitamos ningún mecanismo de refuerzo. Somos aquellos a los que se refería Blaise Pascal cuando afirmaba dirigirse a aquel que dice «estoy hecho de tal manera que no puedo creer». En la aldea de Montailou, durante una de las grandes campañas de caza de brujas de la Edad Media, los inquisidores le pidieron a una mujer que les dijera de quién había aprendido sus dudas heréticas sobre el infierno y la resurrección. Ella debía de saber que corría el terrible riesgo de que los piadosos le administraran una muerte lenta y prolongada, pero respondió que no las había aprendido de nadie, sino que se le habían ocurrido a ella sola. (A menudo escuchamos a los creyentes ensalzar la sencillez de los feligreses, pero nunca en el caso de esta cordura y lucidez no forzada y deliberada, que ha sido sofocada y borrada en los juicios de más seres humanos de los que jamás seremos capaces de nombrar.)

Nosotros no tenemos necesidad de reunirnos todos los días, ni cada siete, ni con motivo de ninguna festividad, ni para proclamar nuestra rectitud o postrarnos y regodearnos en nuestra indignidad. Nosotros, los ateos, no necesitamos ningún sacerdote, ni ninguna jerarquía superior que custodie nuestra doctrina. Abominamos de los rituales y las ceremonias, como también abominamos de las reliquias y del culto a cualquier tipo de imágenes u objetos (incluyendo los objetos que presentan la forma de una de las innovaciones más útiles del ser humano: el libro impreso). Para nosotros, ningún lugar de la tierra es o podría ser «más santo» que otro: al ostentoso acto absurdo de peregrinar a algún sitio y al brutal espanto de matar a civiles en nombre

de algún muro, cueva, santuario o roca sagrada podemos oponer un paseo ocioso o urgente de un lado a otro de la biblioteca, el museo, o para acudir a comer con un amigo afectuoso para buscar la verdad o la belleza. Si son rigurosas, alguna de estas excursiones para ir a la biblioteca, a almorzar o al museo nos pondrá evidentemente en contacto con la fe y con los creyentes, ya sea a través de los grandes pintores o compositores devotos o de las obras de Agustín, Tomás de Aquino, Maimónides o Newman. Tal vez estos portentosos eruditos hayan escrito muchas cosas depravadas o absurdas o hayan sido irrisoriamente ignorantes de la teoría bacteriológica de las enfermedades o del lugar que ocupa el globo terrestre no ya en el universo, sino en el sistema solar; y esta es la sencilla razón por la que no hay más como ellos hoy día, y por la que no habrá más como ellos el día de mañana. La religión dijo sus últimas palabras inteligibles, nobles o inspiradoras hace mucho tiempo: a partir de ese momento, se convirtió en un humanismo admirable pero nebuloso, igual que le pasó, por ejemplo, a Dietrich Bonhoeffer, un valiente pastor luterano ahorcado por los nazis por negarse a actuar en connivencia con ellos. No habrá más profetas ni sabios de antiguo cuño, lo cual es la razón por la que las devociones de hoy día son únicamente ecos de repeticiones del ayer, a veces elaboradas hasta el hilarante extremo de conjurar una terrible vacuidad.

Aunque, pese a sus limitaciones, algunas defensas de la religión son espléndidas (podríamos citar a Pascal) y otras aburridas y absurdas (aquí no podemos evitar citar a C.S. Lewis), ambas modalidades tienen algo en común, y es lo siguiente: la atroz carga de retorcimiento que tienen que soportar. ¿Cuánto esfuerzo hace falta para afirmar lo increíble! Los aztecas tenían que descuartizar una cavidad torácica humana *a diario* únicamente para asegurarse de que saliera el sol. Se supone que los monoteístas incomodan a su divinidad más veces todavía; tal vez por si fuera sordo. ¿Cuánta vanidad es preciso reunir (sin que, por otra parte, sea muy eficiente) para fingir que uno es un objeto personal de un plan divino? ¿Cuánto respeto a uno mismo hay que sacrificar para poder avergonzarse continuamente por la conciencia de los propios pecados? ¿Cuántas suposiciones innecesarias es preciso postular y cuánta capacidad de tergiversación hace falta para tomar cada una de las ideas nuevas de la ciencia y manipularla hasta que «encaje» con las palabras reveladas por deidades de la antigüedad inventadas por el ser humano? ¿Cuántos santos, milagros, concilios y cónclaves son necesarios para, primero, establecer un dogma y, a continuación, tras un dolor, pérdida, sinsentido y crueldad infinitos, verse obligado a rescindir uno de esos dogmas? Dios no creó al ser humano a su imagen y semejanza. Evidentemente, fue al revés, lo cual constituye la sencilla explicación para toda esta profusión de dioses y religiones y para la lucha fratricida, tanto entre cultos distintos como en el seno de cada uno de ellos, que se desarrolla continuamente a nuestro alrededor y que tanto ha retrasado el progreso de la civilización.

Las atrocidades religiosas del pasado y el presente no se han producido porque nosotros seamos malos, sino porque en la naturaleza es un hecho que desde el punto de vista biológico la especie humana es racional solo en parte. La evolución ha supuesto que nuestros lóbulos prefrontales sean demasiado reducidos, nuestras glándulas suprarrenales demasiado abultadas y nuestros órganos reproductores parezcan diseñados por un equipo de incompetentes; esta receta, por sí sola o combinada con otros ingredientes, tiene muchas probabilidades de traducirse en cierta infelicidad y ocasionar algunos trastornos. Pero, en todo caso, ¡menuda diferencia cuando dejamos de lado a los creyentes acérrimos y abordamos la obra no menos ardua, por ejemplo, de un Darwin, un Hawking o un Crick! Estos hombres resultan más iluminadores cuando se equivocan, o cuando dejan traslucir sus inevitables sesgos, que cualquier otra persona modesta y con fe que intente en vano cuadrar el círculo y explicar cómo es posible que él, una simple creación del Creador, pueda saber qué se propone el Creador. En cuestiones de estética no se puede coincidir en todo, pero nosotros, los humanistas seculares, ateos y agnósticos, no deseamos privar a la humanidad de su capacidad para el asombro ni de sus consuelos. Ni por asomo. Si dedicamos algún tiempo a examinar las asombrosas fotografías tomadas por el telescopio Hubble, estaremos escrutando cosas mucho más sobrecogedoras, misteriosas y hermosas (y más caóticas, apabullantes e imponentes) que cualquier creación o cualquier relato del «fin de los tiempos». Si leyéramos a Hawkings cuando alude al «horizonte de sucesos», ese borde teórico de un «agujero negro» sobre el que en teoría podemos zambullirnos y ver el pasado y el futuro (salvo que, por desgracia y por definición, no tengamos «tiempo» suficiente), me sorprendería que todavía alguien se pudiera seguir quedando boquiabierto ante Moisés y su mediocre «zarza ardiente». Si uno contempla la belleza y la simetría de la doble hélice, y después va a que le analicen la secuencia completa de su genoma, quedará estupefacto de inmediato ante el hecho de que en el núcleo de su ser resida un fenómeno tan perfecto y le tranquilizará (espero) tener tanto en común con otras tribus de la especie humana (ya que la «raza» ha ido a parar, junto con la «creación», al cubo de la basura); y aún más fascinado al enterarse además de hasta qué punto forma una parte del reino animal. Entonces, por fin, puede uno mostrarse consecuentemente humilde ante el rostro de su creador, que resulta no ser un «alguien», sino un proceso de mutación con bastantes más elementos aleatorios de lo que a nuestra vanidad le gustaría reconocer. Hay aquí el suficiente misterio y maravilla como para hacer avanzar a cualquier mamífero: ahora, la persona más culta del mundo tiene que reconocer (no diré «confesar») que sabe cada vez menos, pero que al menos sabe cada vez menos de cada vez más cosas.

Por lo que respecta al consuelo, como la gente religiosa insiste con tanta frecuencia en que la fe responde a esta supuesta necesidad,

diré simplemente que aquellos que ofrecen falso consuelo son falsos amigos. En cualquier caso, los críticos de la religión no niegan que tenga simplemente un efecto analgésico. Por el contrario, advierten contra el placebo y contra la trampa que tiende una botella llena de agua teñida de colores. Tal vez la cita incorrecta más famosa de nuestro tiempo sea que Marx descalificó a la religión por considerarla «el opio del pueblo». Por el contrario, este descendiente de varias generaciones de rabinos se tomaba muy en serio la fe, y escribió lo siguiente en su *Introducción a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel*:

La miseria *religiosa* es, por una parte, la *expresión* de la miseria real y, por otra, la *protesta* contra la miseria real. La religión es el suspiro de la criatura agobiada, el estado alma de un mundo desalmado, porque es el espíritu de los estados de alma carentes de espíritu. La religión es el *opio* del pueblo.

Sobreponerse a la religión como la dicha *ilusoria* del pueblo es exigir para este una dicha *real*. El pugnar por acabar con las ilusiones acerca de una situación, significa *pedir que se acabe con una situación que necesita de ilusiones*. La crítica de la religión es, por tanto, *en germen*, la *crítica* de este *valle de lágrimas* que la religión rodea de un *halo de santidad*.

La crítica no arranca de las cadenas las flores ilusorias para que el hombre soporte las sombrías y desnudas cadenas, sino para que se desembarace de ellas y broten flores vivas.

De modo que la famosa cita incorrecta no es tanto una «cita incorrecta» como una burda tentativa de tergiversar la argumentación filosófica contra la religión. Quienes se han creído lo que les dicen los sacerdotes, los rabinos y los imanes acerca de lo que piensan los no creyentes y cómo lo piensan, descubrirán además sorpresas similares a medida que avancemos. Tal vez acaben por desconfiar de lo que les han contado... o aprendan a no tomarlo como «artículo de fe»; cosa que, para empezar, es el problema.

Hay que reconocer que Marx y Freud no fueron doctores ni matemáticos. Es mejor pensar que fueron unos magníficos ensayistas con una imaginación desbordante, pero falible. Dicho de otro modo: cuando el universo se altera, no me considero lo suficientemente arrogante para eximirme de la autocrítica. Y me conformo con pensar que algunas contradicciones seguirán siendo contradictorias, que algunos problemas no se podrán resolver jamás con el equipamiento de un mamífero con el córtex cerebral humano y que algunas cosas son incognoscibles indefinidamente. Si se demostrara que el universo es finito o infinito, cualquiera de los dos descubrimientos me resultaría igualmente pasmoso e impenetrable. Y aunque he conocido a muchas personas mucho más sabias y más inteligentes que yo, no conozco a nadie que sea lo bastante sabio o inteligente para decir otra cosa.

Por tanto, la crítica más suave de la religión es la más radical y la más demoleadora. La religión es una creación del ser humano. Ni siquiera

los seres humanos que la crearon pueden ponerse de acuerdo acerca de lo que dijeron o hicieron en realidad sus profetas, redentores o gurús. Y menos aún pueden confiar en contarnos el «significado» de descubrimientos y adelantos posteriores que, cuando comenzaron a producirse, fueron o bien obstaculizados o bien denunciados por las religiones. Y sin embargo... ¡los creyentes siguen afirmando saber! Y no solo saber, sino saberlo *todo*. No solo saber que dios existe y que creó y supervisó toda la empresa, sino también saber lo que él «quiere» de nosotros: desde lo que tenemos que comer hasta nuestros ritos o nuestra moral sexual. En otras palabras: en medio de una inmensa y compleja discusión en la que nosotros sabemos cada vez más de cada vez menos cosas, pero no obstante podemos confiar todavía en que surja algo de luz a medida que avanzamos, una facción (compuesta, a su vez, de facciones mutuamente enfrentadas) se permite la grosera arrogancia de decirnos que ya disponemos de toda la información esencial que necesitamos. Semejante estulticia, unida a tamaño orgullo, debería bastar por sí sola para excluir a la «fe» del debate. La persona que está segura y que recurre a la garantía divina como fuente de certidumbre, pertenece ahora a la primera infancia de nuestra especie. Tal vez su despedida sea larga, pero ya ha comenzado y, como todas las despedidas, no debería prolongarse.

Confío en que si usted se encontrara conmigo no supiera necesariamente que mi opinión es esta. Probablemente yo me haya quedado más hablando con amigos religiosos por la noche hasta más tarde y durante más tiempo que con cualquier otra clase de amigos. Estos amigos suelen exasperarme diciendo que soy un «buscador», cosa que no es cierta, o no del modo que ellos creen. Si regresara a Devon, donde se encuentra la poco visitada tumba de la señora Watts, seguramente me quedaría sentado tranquilamente en la parte trasera de alguna vieja iglesia celta o sajona. (El adorable poema de Philip Larkin «Church-going» [«Acudir a la iglesia»] refleja a la perfección mi actitud.) En una ocasión escribí un libro sobre George Orwell, quien podría haber sido mi héroe si yo tuviera héroes, y me irritó su indiferencia ante la quema de iglesias en Cataluña en 1936. Mucho antes de la aparición del monoteísmo, Sófocles nos enseñó que cuando Antígona se oponía a la profanación hablaba en nombre de la humanidad. Dejo para los creyentes lo de quemar las iglesias, mezquitas y sinagogas de los demás, cosa que siempre se puede estar seguro de que acabarán haciendo. Cuando yo acudo a la mezquita, me descalzo. Cuando voy a la sinagoga, me cubro la cabeza. En una ocasión, cumplí incluso con las normas de etiqueta de una comunidad de meditación de India, aunque aquello supuso toda una prueba para mí. Mis padres no trataron de inculcarme en ninguna religión: seguramente tuve la suerte de tener un padre que no apreciaba particularmente su educación baptista-calvinista y una madre que prefirió la asimilación (en parte por mi bien) antes que el judaísmo de sus antepasados. Ahora conozco lo suficiente de todas las religiones

como para saber que yo siempre sería un infiel en todas las épocas y en todos los lugares. Pero mi ateísmo concreto es un ateísmo protestante. Con lo que primero discrepé fue con la espléndida liturgia de la biblia King James (una liturgia que la famosa Iglesia de Inglaterra ha vendido muy barata) y con el devocionario de Cranmer. Cuando mi padre murió y fue enterrado en una capilla desde la que se ve Portsmouth (la misma capilla en la que Eisenhower rezó en 1944 la noche antes del día D para pedir por la victoria) yo pronuncié una alocución y escogí como lectura un versículo de la epístola a los filipenses de Pablo de Tarso, al que posteriormente se llamaría «San Pablo» (capítulo 4, versículo 8):

Por lo demás, hermanos, todo cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable, todo cuanto sea virtud y cosa digna de elogio, todo eso tenedlo en cuenta.

Lo escogí por ese tono evocador y elusivo que me acompañará hasta mi último minuto de vida, por su precepto esencialmente secular y porque resplandecía en el erial de aquella perorata acomodaticia, absurda e intimidatoria que le rodea. El debate sobre la fe es el origen y fundamento de todas las discusiones porque representa el comienzo (pero no el final) de todas las discusiones acerca de la filosofía, la ciencia, la historia y la naturaleza humana. Es también el comienzo (pero en modo alguno el final) de todas las disputas sobre la vida buena y la ciudad justa. La fe religiosa es imposible de erradicar precisamente *porque* somos criaturas que todavía estamos evolucionando. Jamás sucumbiré; o, al menos, no sucumbiré hasta que superemos el miedo a la muerte, a las tinieblas, a lo desconocido y a los demás. Por esta razón, no la prohibiría ni siquiera en el caso de que pudiera hacerlo. Usted dirá: «es usted muy generoso». Pero ¿serán los creyentes igual de indulgentes conmigo? Lo digo porque hay una auténtica e importante diferencia entre mis amigos religiosos y yo, y los amigos auténticos e importantes son lo suficientemente honrados para reconocerlo. Me conformaría con poder acudir a los ritos con que se acoge la madurez religiosa de sus hijos, con maravillarme ante sus catedrales góticas, con «respetar» su fe en que el Corán fue fruto de un dictado, aunque fuera exclusivamente en árabe y a un comerciante analfabeto, o con interesarme por el consuelo que ofrecen las religiones neopaganas, el hinduismo o el jainismo. Y, si es así, seguiré haciéndolo sin insistir en que me prodiguen cortés y recíprocamente idéntico trato... que consiste en que ellos, por su parte, *me dejen en paz*. Pero, en última instancia, la religión es incapaz de hacerlo. Mientras escribo estas palabras, y mientras usted las lee, las personas de fe planean cada una a su modo destruirnos a mí y a usted y destruir todas las magníficas realizaciones humanas que he mencionado y que han costado tanto esfuerzo. *La religión lo emponzoña todo.*